

Belén Pérez Bueno
Colegio Compañía de María (Albacete)
CASTILLA LA MANCHA



La última vez que me miro en el espejo antes de salir y me coloco con otra cascada de laca los últimos mechones detrás de mis orejas. Mi reflejo hace una mueca para animarme, aunque nuestros ojos griten auxilio. Cierro los ojos.

Me tumbo boca arriba en la hierba artificial del patio de la vieja casa. Y miro al cielo, que parece hecho de cartón. Todo es artificial en esta casa. Pero esta hierba me gusta, tan verde y brillante vista de lejos que dan ganas de tumbarse. Áspera y sin vida al acercarse. Como las personas de esta casa. Cuando el tiempo se para y con él los latidos, el ritmo que antes marcaban los pasos subiendo y bajando se ha detenido. Y el tango de nuestros corazones se ha esfumado.

Abro los ojos. Me detengo ante el espejo y me observo con atención. Paso la mano en su superficie y minutos antes de salir al escenario, me pierdo en mis pensamientos.

He preparado con tanto detenimiento este momento que se ha vuelto tan irreal como el aire de esta casa. Y me meto el pelo rebelde por detrás de la oreja. Me repaso con la mano mi perfecto moño. Y coloco los platos encima de la mesa, sirvo la comida y espero. No recuerdo cuánto tiempo fue. Pero era mi última oportunidad para huir de mi reflejo. Oigo el sonido de los tacones bajar, resonando, con fuerza. Mi mente se para y no articula palabra. La miro frente a frente. Y me pregunto cuándo podré salir de esta casa. Ella ladea la cabeza, yo la invito a sentarse con un gesto de mis manos al servir la comida, le grito mi ira en el color de mis ojos. Y mi dolor en una sonrisa educada. Ella coge el tenedor y se piensa mi pregunta, se piensa mi ira y mi dolor. Se mete la comida en la boca y toma una decisión. Me mira y sonrío, con una sonrisa de perversión.

Una luz en mi camerino me avisa de que la actuación va a empezar, y cojo mi cepillo del pelo. Me miro y lloro.

Dejo el tenedor encima de la mesa, me levanto y huyo. Corro por las escaleras. No la oigo venir detrás de mí. Paso por la puerta negra que tanto me costó cerrar, al pasillo oscuro donde me niego volver a entrar. Golpeo la puerta y grito. Y el silencio que me devuelve es lo que más me hace temerle. Dejo la puerta atrás y me dirijo a otra sala. Donde está mi espejo, me siento y miro mi reflejo. Sería tan bonito poder romperlo, y librarme de las cadenas de mi pensamiento. ¿Es mi mente el mayor peligro o soy yo la que da peligro a mi mente? Y lloro, y grito, y quiero escapar de la casa que construí con mis propias manos. No se puede huir de uno mismo. Y agotada, me dejo caer en

el suelo. Y me quedo ahí, horas, que se convierten en días, que se convierten en meses. La puerta negra hace tiempo que se abrió. Y cuando después de un año me levanto, me hago el perfecto moño y limpio a duras penas el desastre que la oscuridad dejó a su paso, me limito a existir. Y a portarme bien con mis miedos, con ella.

Después de coger el cepillo, lo lanzo contra el espejo y me seco las lágrimas, lloro, grito, pataleo. Como la niña pequeña que no supo huir. Cojo el espejo y lo rompo, me deshago el moño, me cepillo el pelo y lo dejo al aire. Salgo al escenario, con papel en mano. Un cálido aplauso me recibe. Y en la última fila está ella, mirándome seria. Ella también se ha dado cuenta de que hoy llevo el pelo suelto. Miro al público y empiezo a recitar. En mis palabras se esconden mensajes destinados a ella. Y al terminar mi espectáculo, y al volver a mi camerino destrozado, no siento miedo.

Y cuando ella entra en el camerino con su singular repiqueo que avisa de su llegada, no siento miedo.

Y en mi interior, en mi casa, no siento miedo.

Ella se acerca, me coge la mano y empezamos a bailar. Yo no tengo miedo, ella es el miedo en persona. Bailamos una canción que no entendemos. Y cuando ella se para, junta su nariz con la mía, nuestros ojos a la misma altura. Su aliento frío, mezclándose con el mío, cálido. Y, de repente, me traspasa. Y todo lo que su moño retiene, mi pelo lo suelta. Y me sobrepasa, lloro. Bailo una canción que no entiendo, con mi casa acuestas y mis ilusiones y mis miedos dentro.

Lo primero que hago es irme, lejos, fuera de la ciudad, al campo.

Y me tumbo en la hierba que ya no es frío y áspera, es suave y con vida. Y doy vueltas, rodando por la hierba. Y cuando me paro, con mi cabello suelto, miro al cielo y está lleno de vida. Sonrío. Me levanto y sigo. Ya no limitándome a existir, ahora limitándome a sentir. Limitándome a vivir.